

UN DOMINGO EXTRAORDINARIO

UNA AGIL NATURALIDAD



Sin prever el drama que se avecina, se divierten los jóvenes de la nueva generación perdida. Los encarnan Wagner Mautone, Eduardo Schinca, Estela Castro y Juan Jones, para la obra de Denis Molina "Un domingo extraordinario"

Una obra como "Domingo extraordinario", de Denis Molina, carente de una acción homogénea y de personajes o agonistas de contextura que se enfrenten a una experiencia concisa y real, no da mucho aldero a la dirección escénica ni a los actores. El texto no ayuda para extraer de él la visión de un ser humano coherente y más bien abunda en las características generales: juventud, despreocupación, variedad, miedo infantil. Dentro de esa piel pueden entrar seres distintos. El elenco juvenil de la Comedia resolvió el problema metiéndose ellos mismos dentro de esos disfraces y jugando la pieza como si fueran ellos en un día domingo dispuestos a divertirse de cualquier modo. Quizás es por esta disposición que, a pesar de la algarabía, del rock y de las bromas, resultan tristes y su alegría falsa. Son muchas veces los gestos propios, las inflexiones de voz personales, pero ser actor de sí mismo es más difícil de lo que parece; porque lo que en este juego se escurre, es el arte.

Así lograron una espontaneidad forzada, una artificiosa naturalidad merced a la cual correataron por la escena tratando de alcanzar esa ave rara que es el personaje y que sólo puede estar en las palabras del dramaturgo. Estela Castro, que es una actriz a la que el arte y el público llegan muy lentamente y que quizás por eso mismo lo hagan entonces en forma honda y durable, creó, más que un personaje, una circunstancia dramática; y es un placer verla buscar una forma, un estilo. Mautone se mostró en la mejor actuación que le conocemos; hay mucho de facilidad, de truco limitado en su composición, hay excesos que el director debió atemperar, pero a pesar de estos reparos demostró una ductilidad excelente. Jones dejó de escuchar su hermosísima voz, se movió de manera flexible, sin brusquedades, y resultó el ser más vivo y veraz. Estela Medina reprimió sus abandonos, puso más nervio y juvenil inquietud en su trabajo y Armen Siria deambuló por el personaje, borrosamente como él, tratando en vano de encontrarlo. Triador compuso un personaje singular, y por obra suya quedó una interrogación pesando en la escena.

Pero detrás de todos estos hay una astuta, casi maquiavélica mano, la de Antonio Larreta. (Dijo Dios: Brote la nada. Y alzó la mano derecha hasta ocultar la mirada. Y quedó la nada hecha.) No es esta una de las excelentes puestas en escena que le conocemos, pero es un ejemplo de lo que puede un director. Eligió la agilidad, el ritmo intenso y lo espectacular, sin mengua de una extremada naturalidad que dejaba caer toda frase retórica, todo engolamiento, o lo transformaba en despreocupada ligereza. No hay duda de que se excede, pero es difícil medir cómo hubiera resultado la pieza sin esa impostación. Por momentos el movimiento, que llega a la filigrana, resulta fatigante, sobre todo dada la desmesurada planta escénica utilizada; por momentos los golpes de efecto —balles, peleón, suspenso— suenan a virtuosismo gratuito. Pero en cambio es siempre feliz su dirección del actor y pienso que a él se debe que los personajes hayan conservado una recatada elegancia, sin contaminarse en la vulgaridad con que se expresan. Y es también feliz su vigilancia de la plástica y el colorido.

Aquí tuvo un buen aliado en Adolfo Halty, que creó un delicioso ambiente; en él la suntuosidad no restó nada al buen gusto. Por primera vez entre nosotros un decorado moderno que no parece salido de la vidriera de una mueblería sino de la invención de un escenógrafo. El progreso de Halty vale la pena de ser subrayado porque le recordamos escenarios modernos muy frustrados, y es una satisfacción verlo expresarse con tal limpidez y armonía. La iluminación fué pobre y sagazmente resuelta, con algunos efectismos eficaces.